

Costa de marfil..Erotismo

samuelebeniabram samuelebeniabram



Capítulo 1

Costa de Marfil. (UN HECHO EROTICO)

Hacía ya mucho que no iban juntos de vacaciones. Su matrimonio estaba en crisis desde hacía tiempo y aquel habría sido su último viaje.

Casi un mes para hablar, para entender, para definir aquella pesada situación. Quizá, para comenzar de nuevo o para dejarlo definitivamente.

Se habían amado con locura, pero ahora quedaba solo la sombra de lo que había sido un gran amor. De todas formas se querían, pero aquello no era suficiente para que una relación dure. Se habían casado muy jóvenes, llevando una vida rutinaria, y demasiado normal. Quizá, sin riesgos ni miedos, es cierto, pero tampoco sin pasión, sin sensaciones, sin la dosis de adrenalina que te hace sentir vivo.

“Una de esas relaciones en las que el amor se confunde con la amistad hasta convertirse en una especie de compañerismo sin luz”.

Se habían convertido en dos amigos más que en dos amantes.

Salieron por la tarde en avión desde Estocolmo a África, a la Costa de Marfil, a Abidjan, la capital.

Una gran sociedad sueca había inaugurado un año antes un Resort turístico considerado el mejor de África. Gracias a su posibilidad económica, ella abogada; él ingeniero, habían elegido y pagado muy caro lo mejor de lo mejor.

Un bungalow de madera a pocos pasos del mar que, además de poseer todo tipo de confort, tenía el añadido de una bañera de hidromasaje.

La habitación como objeto, estaba dotada, como el obsequio del Resort, de aceites africanos perfumados, cremas provenientes de Francia, ungüentos extraídos de las flores y jabones orientales. Las cortinas transparentes dividían la habitación de una gran cama a tres plazas. Las pequeñas luces encajadas en las vigas de madera contribuían por la noche a crear una atmósfera íntima, exótica, a decir verdad, muy excitante.

Llegaron al pueblo turístico por la noche profunda.

El tiempo de identificarse en la recepción y caer dormidos. Muertos de cansancio.

A la mañana siguiente durante el desayuno fueron presentados de forma oficial a todos los huéspedes del Resort los animadores, los cocineros, las

señoras de la limpieza y a los masajistas.

Ella quedó impresionada por la belleza escultórica de los cuerpos de dos masajistas africanos. En efecto, después de la presentación reconoció al marido que aquellos dos negros eran muy guapos, aunque, jugando un poco con los celos de él, nunca podría irse con ninguno de ellos, dado que a ella no le gustaban los negros y no soportaba el fuerte olor de su piel.

Ni los hombres negros de fuerte olor, ni los hombres blancos de piel fina. Ella no se iría nunca con ningún hombre.

En verdad, no había nunca traicionado a su marido. Era una mujer de viejos y sanos principios, con las bases y valores de un tiempo. Habría preferido dejarlo antes que traicionarlo. En efecto, si en aquel viaje no hubiesen llegado a aclarar su relación, seguramente lo hubiesen dejado.

Él, por el contrario, quedó impresionado por una recepcionista africana, dulce y sensual de apenas 15 años, pero embarazada de 6 meses.

Los días pasaban y aunque había muchas cosas que hacer en el Resort y las distracciones no faltaban, su situación no mejoraba. Era la prueba evidente de que el amor que existía entre ellos no tenía ya la fuerza para mantenerlos unidos. La ilusión, el sueño, la voluntad de querer mejorar y tomar por la mano una historia ya terminada no era suficiente. Ya no se amaban como al principio.

“En el amor el diálogo ayuda mucho, es verdad, pero cuando este amor termina, llevándose consigo la pasión y el deseo, el diálogo se transforma en palabras sin sentido y sin importancia. Solo el diablo, por decirlo así, con su maldad y picardía, podía recomponer aquel vaso de cristal caído al suelo”.

Todo el pueblo se había fijado en ella.

No obstante sus 38 años, parecía una jovencita de 20 que acababa de florecer.

Tenía un cuerpo, que aunque no pudiese decir que era el de antes, parecía esculpido en una roca. Un culo duro y derecho, dos pechos pequeños pero con forma perfecta; con los pezones grandes, duros y tan negros que parecían dibujados. La cara parecía de una muñeca de porcelana. Los labios carnosos y sensuales. Los ojos almendrados de un marrón oscuro; una nariz casi perfecta, y el pelo, corto y negro como el carbón. La piel

lisa y suave.

Todo esto concedía a aquella mujer sensual y femenina una atracción única.

Pero la realidad era diferente a la apariencia.

Con el paso del tiempo, algo dentro de ella había cambiado. No tenía ya el deseo de sentir a un hombre entre sus brazos; como si el sexo no le importase nada.

Él, por el contrario, continuaba queriéndola como el primer día y aquel comportamiento además de provocarle dolor, lo preocupaba mucho. No quería perderla, renunciar a ella, pero no sabía cómo hacer para reconquistarla y volver a encender la llama de pasión y la sensualidad que una vez vivió dentro de aquella mujer y que lo había hecho enamorarse.

Una tarde, mientras ella tomaba tranquilamente el sol estirada en su tumbona, él se le acercó y le dijo que le gustaría mucho verla mientras se dejaba masajear por uno de aquellos hombres.

Consciente de que ese sería el último viaje junto, le preguntó si tenía algo que objetar a su deseo.

Al contrario, ella, curiosa por saber la reacción que habría tenido delante de un desconocido, aceptó entusiasmada la propuesta.

Un masaje relajante hecho con cremas y aceites perfumados era lo que necesitaba para vivir algo distinto y romper con la monotonía de aquellos días.

Una experiencia nueva y excitante para ella y su cuerpo, el cual, nunca lo habían tocado, acariciado o rozado por una mano que no hubiese sido la de su marido. Aunque ya había tomado la decisión de dejarlo una vez que volvieran a casa.

“En lugar de un masajista africano, quería dos. Primero, uno, y después, inesperadamente, entraría el otro. No para que le hiciesen un simple masaje relajante, sino un masaje tántrico. Tocando dulcemente a su mujer en las partes más íntimas y sensibles de su cuerpo. Buscando de volver a despertar en ella, el deseo de sexo que parecía ya enterrado

desde hace tiempo”.

Esta era una parte del acuerdo secreto que había establecido el marido con anticipo con los dos masajistas. Aunque sabía que la reacción de su mujer hubiera sido de rechazo, pagó por el servicio una cantidad de dinero, más bien alta.

Para la ocasión, ella se dio un baño de casi una hora en la bañera de hidromasajes, llena de perfumes y de flores, para relajarse y darle a la piel elasticidad y suavidad. Llevaba puesta su lencería más bonita y sexy.

Envuelta en un gran albornoz de algodón blanco, esperaba apoyada en la cama con las piernas cruzadas que entrase el masajista.

Él, el marido, estaba allí, sentado delante de ella, nervioso, quizá excitado, celoso por todo lo que había preparado en secreto, pero curioso y lleno de esperanza de ver una reacción positiva por parte de su mujer.

Al rato de estar allí esperando y mirándose a los ojos, sin decir una palabra, uno de los masajistas, cubierto solo con un pareo atado a la cintura y sostenido por un nudo lateral, entró en la habitación.

Era el hombre que ella vio en la presentación. Quizá tenía la piel aún más oscura. Con un físico atlético y musculoso, no muy alto pero robusto, entró descalzo en la habitación. Tenía los ojos grandes y negros. Las pestañas espesas, los labios gruesos y carnosos y el pelo largo atado hacia detrás en una trenza. Era un hombre bellísimo.

Tras el ritual de presentación, el masajista la cogió de una mano, la tiró dulcemente hacia sí, pasó el límite de las tiendas transparentes y entró en la habitación del masaje.

Le quitó lentamente el albornoz casi deslizándolo sobre la piel y la ayudó a estirarse en la camilla ya preparada y cubierta para la ocasión por una sábana de seda.

Eran casi las 22.00 horas. Todo el Resort dormía.

La noche se imponía con su silencio y su oscuridad. Imposible no encender dos velas y otorgar a la habitación una atmósfera erótica y seductora.

De hecho, era una situación extremadamente excitante para ella, para el

marido, y también para el masajista que parecía, visiblemente excitado.

No obstante había un ventilador de techo que en lo alto de la habitación giraba silencioso, moviendo el aire del bungalow, pues hacía un calor tremendo. Un calor húmedo y bochornoso. Imposible no sudar. El cuerpo musculoso y la piel del masajista, ya bañada en sudor, aparecía luminosa a la luz de aquellas velas.

Ella, se estiró en la camilla con el sostén y las bragas puestos. Tenía un cuerpo increíble, una sensualidad animal, un culo duro y derecho. Transmitía sexo a través de todos los poros de su piel.

En el primer intento del masajista de desabrocharle el sujetador y quitarle las bragas, quedó bloqueado por los ojos de ella, que lo fulminaron con una mirada feroz.

—No se atreva más a quitarme la lencería.

—Lo hacía solo para masajearla y darle más placer —le respondió él con cierta timidez.

—No se preocupe por mí placer. Puedo sentirlo igual con la lencería puesta.

El masajista sonrió maliciosamente y sin añadir una palabra, tomó el aceite perfumado y se lo echó en las manos, extendiéndolo sobre los hombros de ella, y comenzó lentamente a masajearle la espalda hasta el culo.

Deslizaba las manos sobre las nalgas de ella apretándolas y acercándolas. Seguidamente, sin decir una palabra, comenzó a masajearle las piernas, los pies, las plantas de los pies, los dedos, uno tras otro, las pantorrillas y, después, de nuevo, los muslos. Le abrió ligeramente las piernas con sus manos fuertes y robustas y comenzó a masajearle por el interior de los muslos. Despacio, cada vez más arriba. Se acercó lentamente a su coño, protegido por las finas bragas blancas de encaje, y pasó el dedo por el medio, tocándola, haciendo un poco de presión, frotando encima con la mano entera. Pero con aquellas caricias tan íntimas, ella se sobresaltó y de nuevo se giró.

—Pero ¿qué hace? ¿Cómo se atreve?

—Deje, señora... Déjeme a mí —respondió con una sonrisa—. Es bonito. Deje que continúe.

—No se atreva a tocarme más así, si no, me levanto y me voy.

El marido la miró y no dijo ni una palabra. Ella lo miró, buscando una aprobación a sus palabras.

Se relajó de nuevo y el masajista continuó acariciándole las piernas, los muslos, el interior de los muslos... el culo. Empezó a tocarlo con una cierta fuerza y con un movimiento rotatorio, haciendo a veces deslizar sus dedos sobre las braguitas. Y, de nuevo, con la punta de los dedos, le tocó el coño... De nuevo, continuamente.

Una, dos, tres veces. Casi 20 minutos masajeando y apretando con avidez el culo respingón y duro. Sus manos expertas resbalaban sobre las braguitas de encaje blancas y con los pulgares, alternando uno con otro, comenzó a tocarle el coño, ya muy húmedo. Ella comenzaba a gemir, a suspirar, y poco a poco su resistencia se debilitó.

—Pero ¿qué hace? No... He dicho que nooo, aaaahhh...

—Deje hacer, señora. Déjeme hacer a mí, señora. Deje, relájese. Yo le daré mucho placer a la señora blanca.

—No, no... Así, no. Así..., sí... Despacio, despacio... Síiiii.... síiii.

Le tocaba el culo para luego volver sobre los hombros como si no pasase nada, aumentando la duda dentro de ella, que no entendía si aquella forma de tocarla tenía una finalidad o un objetivo, o simplemente, formaba parte del masaje.

Pasó así la primera media hora. Los dos cuerpos estaban bañados en sudor por el calor de la noche.

A un cierto punto, la puerta del bungalow se abrió de nuevo y pidiendo permiso al marido, con el movimiento de la cabeza, entró en silencio el otro masajista.

Descalzo, con los pies largos y delgados que se hundían en la arena. Tenía los ojos grandes y negros, los pelos cortísimos, al raso, y la piel aún más oscura que el primero. Un cuerpo fibroso y musculoso. Hombros anchos y pecho de atleta. Las manos grandes y robustas con los dedos largos y finos.

Cuando ella lo vio entrar, se sorprendió e hizo un gesto para levantarse dejando caer una pierna de la camilla.

Quizá... debido al calor o transportada por el placer de aquellas manos que la tocaban con maestría, aceptó el juego.

Se inició una subida y bajada de manos. De cuatro manos que le provocaron una excitación mental y física difícilmente controlable. Las

manos bajaban lentas y pesadas por la espalda. La yema de los dedos resbalaba por las curvas, a veces, apretándole la piel. Los dedos fuertes y anchos pasaban con descaro entre las fisuras más sensibles de ella.

De vez en cuando, un gemido de placer.

—Sí, ahh... ahhh.

Pero también, de rechazo.

—Pero ¿qué hacéis? No, no; ahí, no. No quierooo. Paraos... síiii...

Silenciado por las fuerzas y el poder de aquellas manos que parecían violarla.

—Le gusta si la toco así, eeeehhh. ¿Y así? ¿A la señora gustar mi mano? Mi mano es grande y fuerte. Dar mucho placer a señora blanca.

—Sí, sí, me gusta. Eres estupendo, eres muy bueno..., muy bueno... Continúa... continúa....

Ella, a la que nunca había tocado ningún hombre, no habría querido nunca reconocer que las caricias de dos masajistas negros la excitasen tanto, pero así era.

Y no podía esconderlo más.

Comenzó a jadear, a moverse, a retorcerse de placer, hasta que reprimida por la vergüenza, tuvo un orgasmo. Un grito de placer desesperado. Justo en el momento en el que, uno de los dos masajista conseguí introducirle con fuerza la mano en medio de los muslos, frotándola rápidamente sobre las bragas.

—Pero ¿qué hace? Nooo... Sí...síiii....síiii estoyyy...estoyyy... Sí, ahhh... ahhhh.... Me corrooo...

Tras aquel orgasmo, se dejó llevar. Se relajó, su cuerpo se abandonó. Parecía que no hacía más resistencia.

Los masajistas se dieron cuenta de su rendimiento y, con un gesto rápido, consiguieron desabrocharle el sujetador. Después... con palabras dulces que le susurraban recíprocamente en los oídos, acompañadas de gestos sensuales de sus manos, consiguieron también quitarle las bragas.

—Señora, deje. No miedo. Placer... solo placer... mucho placer.

—No, no. No quiero. Las bragas, noooo. Por favor, dejadme. Dejadme...

No, no... no... Estoy desnuda. No quiero, no quiero...

—Sí, sí, sí, señora. Deje. Deje, placer.... Mucho placer. Deja a nosotros, placer...

Tenía que rendirse. La fuerza y la insistencia de los dos masajistas era demasiado para ella.

Ahora se encontraba completamente desnuda, estirada sobre una cama frente a dos desconocidos; Entre dos cuerpos sudados y robustos, visiblemente excitados, y deseosos de tener entre ellos una mujer blanca, bella y sensual como era ella. Representaba para ellos, la presa más codiciada. Llegados a aquel punto, podría suceder cualquier cosa. También ella lo intuía. El marido sentado en silencio delante de ellos sabía lo que iba a pasar, por el acuerdo hecho con antelación, y aunque se moría de celos, quería continuar hasta el final. Ella no se lo podía ni imaginar. Uno de los negros, hizo resbalar su mano en medio de las piernas de ella, y presionándolas ligeramente, consiguió abrirlas e introducirle dos dedos dentro de su coño, moviéndolos con destreza. Los dedos entraron duros y largos hasta el final de su coño. Los movía circularmente mientras que con los pulgares largos y gordos le estimulaba el clítoris. Acercándose a ella con el cuerpo, le abrió las nalgas para hacerse más espacio y por debajo, consiguió introducir la otra mano por completo en contacto con su coño.

Previniendo la reacción de ella, que con una sacudida repentina intentó levantarse moviendo con fuerza el cuerpo y con una mano, sacar la mano del masajista que se encontraba dentro de ella.

El otro masajista se le había puesto delante y con fuerza le sostenía los brazos en la camilla, empujándole el pecho y la boca hacia la almohada, impidiéndole así levantarse.

Llevó después, el peso de su cuerpo sobre ella y tirándole de los pelos para inmovilizarla, se hizo espacio e inició a lamerle el cuello, los hombros, las orejas. Introdujo la mano libre bajo su cuerpo y le tocaba con violencia pero con dulzura los senos.

—Nooo, noooo.... No quiero. Pero ¿qué hacéis? Sí, sí... Paraos... paraos.

—Deje, señora, deje. Deje hacer, señora... Dar mucho placer.

—No, no... Sí, sí..., sí... Así, asíiiii, sigueeee, sigue...

Comenzó a gritar de deleite y de rabia por no poder liberarse. Pero la libido tomó el control de la razón. Hubiera querido levantarse, pero no tenía fuerzas para hacerlo. Su cuerpo era preso de un placer enorme.

Violada, forzada, obligada, contra su propia voluntad a satisfacer las peticiones de aquellos dos hombres.

Era muy tarde para pararse, muy tarde para volver atrás, demasiado tarde. Llegó al punto de no retorno. Se abandonó. Se abandonó toda a sí misma. Y tuvo de nuevo otro orgasmo.

—Sí, si... si... oooohhhh, síiiiiiiiiiiiiiiiiiiii.

Un orgasmo terrible que rompió el silencio de la noche. Un orgasmo donde la mente y el cuerpo, la razón y la locura, se unieron con el placer físico.

Aquello fue, realmente, su primera traición.

Pero continuaba sin saber hasta qué punto era capaz de llegar.

Uno de ellos, el masajista más musculoso, alargando el brazo, cogió una toalla, la enrolló y se la metió debajo del vientre para que su culo quedase aún más alto y su cuerpo formase una montaña. Mientras, el otro continuaba moviendo los dedos dentro de ella de forma rotatoria. Se untó las manos con una crema de almendras pringosa y suave y después, acercándose aún más, ensanchándole las nalgas con las manos, inició, primero con la boca y después con los labios, a chuparle y lamerle con la lengua, con un movimiento circular, el orificio del culo.

Le introducía la lengua hasta donde podía llegar.

Ella respiraba y gemía de placer, de un placer que después se transformó en dolor. De hecho, improvisadamente, sacó la lengua y le introdujo un dedo, seguido de otro, dentro el culo. Aunque las manos y los dedos estaban cubiertos de aquella crema untuosa, el dolor fue inevitable.

—Socorro, ahhhh, noooooo, dentro no... no..no...no quiero.... Eso, no..., he dicho que no... Dejadme, dejadme..., ahhhh. Noooooo

Pero el dedo... los dedos, habían ya entrados dentro y detrás de ella y se movían adelante y atrás, lentamente, resbalando en profundidad, como entra un hierro al rojo vivo en la mantequilla.

De vez en cuando, se paraba y hacía resbalar su saliva entre sus dedos para después retomar el movimiento sin pausa. Ahora las manos de los dos masajistas estaban dentro de ella. Uno, delante, con los dedos en el coño; el otro, detrás, con los dedos en el culo. Su respiración crecía y su placer era incontrolable. El orgasmo también esta vez fue inevitable. Aulló de placer, gritó, escondió su cara entre las sábanas cogiendo con rabia y fuerzas las almohadas que se encontraban cerca, y se dejó llevar.

El orgasmo fue violentísimo. Y el placer.....

—Sí... Sí... Sí... Ahhhh, ahhh....me corrooooo, ahhhhhh ...siiiiiiiiiiii.....

Estuvo casi 20 minutos o quizá 30 con los dedos introducidos dentro de ella, delante y detrás, que le procuraban un placer enorme.

No respondía más de su cuerpo. Se sentía violada, maltratada, una esclava en sus manos. Su cuerpo estaba drogado por aquel placer.

Le dieron la vuelta levantándola con la fuerza de los brazos, y poniendo su cara hacia el cielo. Uno de ellos comenzó a chuparle de un modo ávido los senos y a morderle los pezones duros. Le agarró entre sus labios grandes y carnosos un pezón que empezó a estrujar con dos dedos. Lo mordió, lo lamió, lo chupó, como aspirándolo, antes con dulzura y después con fuerza y avidez.

Con la mano libre le aprieta el pecho tocándolo y acercándose a él.

Ella, inundada del deseo, arqueaba la espalda, cerraba los ojos, apretaba los dientes, y con las manos se agarraba a los laterales de la camilla..., pero ya no oponía resistencia.

Uno de los masajistas, el que entró después, el más fuerte, el más robusto, el más musculoso, la agarró en brazos, la levantó, y la tendió en la cama y con el cuerpo se tendió sobre ella.

Ella comenzó a moverse enérgicamente, pero el peso y la fuerza del masajista vencieron su resistencia.

—¿Qué haces? Déjame, déjame irme... ¿Qué quiere hacer?

Pero él, sin hablar, sin responder, cubriéndola con el peso del cuerpo, comenzó con su lengua gorda y rosada a besarle dulcemente el cuello, mientras, con las manos le aguantaba los brazos sobre la cama para que no pudiese levantarse. El otro le estiró las piernas y con fuerza inició a lamer su coño mojado, perfumado, sin un pelo. Parecía el de una niña. Lo lamía sin piedad, aguantándole con fuerza las piernas abiertas.

El clítoris sobresalía entre los pliegues de su coño, duro y derecho.

Comenzó con la lengua, con su grande y larga lengua rosada, a recorrer lentamente y en profundidad los pliegues de su coño, la punta del clítoris, moviéndola de un modo circular, a veces, estimulándolo rápidamente; otras, haciéndole sentir los dientes. A veces, chupándolo solo con la fuerza de los labios; otras, lamiéndolo ligeramente.

Comenzó a penetrarla con golpes profundos y veloces, introduciendo la lengua hasta el final de su coño, moviéndola enérgicamente dentro, casi queriéndosela comer, como si la estuviera follando.

En efecto, la estaba follando.

Ella se movía frenéticamente, arqueaba el cuerpo, se agarraba a las sábanas y, de nuevo, un orgasmo prolongado.

—Síiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii..., ahhhhhh.

Mientras tanto, los dos masajistas se habían quitado el pareo.

Completamente desnudos también ellos, con los cuerpos negros, musculosos y sudados, y con sus miembros duros y grandes, excitados hasta el extremo se frotaban por turnos sobre el cuerpo de ella.

Ella, ya muy excitada, y presa de un delirio sensual, atraída por el volumen de sus miembros, los agarraba con la mano, como si agarrase un trofeo para sentir el calor, la dimensión, y las pulsaciones de aquellas grandes pollas. Y esto, la excitaba aún más.

No tenía más ganas de resistir. El marido lo entendió. Pero también los dos masajistas.

Comenzaron a tocarla, a besarla, a lamerla y a tirarle del pelos y, obligándola a ceder a darle fuertes palmadas en el culo, ya rojo de los golpes, en un acto, en una escena sexual que duró casi más de 4 horas.

Una maraña de cuerpos sudorosos, de olores, de sabores, de gemidos, de suspiros, de gritos de placer, quizá también de rechazo, pero siempre compartidos en aquel juego sensual al que ella no estaba habituada desde hacía tiempo.

Algo, que con su marido no había nunca vivido.

Se contorsionaba, movía el cuerpo deslizándolo entre ellos. Gemidos y pequeños gritos que daban a entender el placer animal que estaba probando.

“Quizá el secreto de su relación era ese... Cuando hacía el amor, tenía la necesidad de alternar el dolor con el placer, la dulzura con la brutalidad, creando así un juego con el que la mayor parte de las mujeres se vuelven locas”.

Los brazos buscaron de nuevo un punto de apoyo en los extremos de la cama. Arqueándolo hacia atrás se agarró a los bordes del cabecero. Tomó un cojín, lo mordió, lo apretó. Cuando el placer era mucho los rogó...rogó a los dos masajistas que la dejaran, no podía más, estaba exhausta. Inclino de nuevo la cabeza hacia detrás, arco el cuerpo, apretó los puños, alargó los brazos paralelos al cuerpo e intentó levantarse, pero gimió... gimió... gimió y gozaba como nadie...aullaba y gritaba de placer. Un placer desconocido para ella. Pero los dos masajistas negros excitadísimos no la dejaban en paz. De hecho, aumentaron la dosis.

Descendieron los dos, hacia su coño, dejándole la parte alta del cuerpo libre.

Y ella... que no tenía ganas de levantarse y escapar, se quedó allí, abandonada, con los brazos abiertos, tumbada en la cama.

Uno comenzó a lamerle el clítoris duro y pronunciado, chupándolo con los labios.

Con los dedos le dilató los grandes labios dándole la manera a la lengua de lamerla y penetrarla, introduciéndole dos dedos dentro que comienza a mover enérgicamente.

El otro le levantó la pelvis, manteniéndola en alto sobre los brazos, y empezó a lamerle el culo. También este, la penetró primero con la lengua y después con dos dedos.

El orgasmo, un orgasmo animal, un orgasmos bestial, fue inevitable.

—Sí, síiiiiiiiiiii, síiiiiiiii...nooooooo...no puedo...no puedo... no puedo, no puedo más. Ha estado precioso.

La puerta se cerró y los dos masajistas se fueron; ella se quedó allí, tendida en la cama. Desnuda, sudada, con los ojos cerrados. Con el fuerte olor, de la piel de los dos masajista en la suya.

Entre las manos apretaba una almohada para protegerse o quizá para sentir aún parte de aquellas increíbles sensaciones. Después...sin decir una palabra a su marido, se adormeció en un sueño profundo.

El día después, por la tarde, tenían el avión de vuelta. Las vacaciones se habían terminado.

Desde la noche anterior no se habían dicho ni una palabra.

En el avión, uno junto al otro mirando hacia delante. Ella, cubierta por las gafas negras; él, con un libro en la mano.

Sin decir una palabra.

El marido rompió el silencio para preguntarle curioso e intrigado:

—No me has dicho nada... ni una sola palabra. Ni siquiera me has dicho si te ha gustado el regalo que te he hecho. Lo he hecho por ti. Lo he hecho por nosotros. Lo he hecho para no perderte. He pensado que quizá tenías ganas de vivir algo distinto... Nos casamos muy jóvenes... No sé si has estado bien en este viaje...No quiero perderte.

Ella, mirándolo a la cara, se bajó las gafas y con los ojos dulces como nunca los había tenido antes le respondió:

—Ha sido una experiencia fantástica, maravillosa, única. Muchas gracias por haberme hecho este regalo. Gracias, por haberme hecho sentir de nuevo una mujer, de descubrir de nuevo la mujer que vive dentro de mí. Gracias por haberlo hecho por mí. Eres un hombre estupendo; discúlpame si no lo había comprendido antes.

Creo que el año que viene tendríamos que repetir esta aventura... Quizá en otro sitio. Quizá seré yo la que haga el regalo a ti. En vez de en África, en Oriente... ¿Qué me dices?

Y acercándose y mirándolo a los ojos, le dio un beso. Apoyó la cabeza sobre los hombros de él y besándole las manos, y apretándolas contra sí, contra su pecho, le susurró:

—Gracias, amor mío. Eres mi único amor.

“Solo el diablo, por decirlo así, con su maldad y picardía, puede recomponer aquel vaso de cristal caído al suelo”.

Y el alma pregunta.

